



Los exiliados republicanos y la cultura mexicana: los artículos de Luisa Carnés en *El Nacional*

ILIANA OLMEDO

GEXEL-CEFID, Universitat Autònoma de Barcelona

Exilio republicano en México, escritoras
exiliadas, prensa en el exilio, Luisa Carnés.

Republican exile in Mexico, exiled
female writers, exile press, Luisa Carnés.

- **Resumen:** La obra de Luisa Carnés (1905-1964) en el exilio todavía constituye un área desconocida, el trabajo publicado en la prensa, amplio y abundante, muestra una línea de continuidad firme y valiosa entre sus textos anteriores y posteriores a la guerra. A través de sus artículos publicados en *El Nacional*, la autora revela las dinámicas culturales creadas entre los refugiados republicanos y la intelectualidad mexicana, muestra la visión de México del exiliado y su representación del paisaje, y enuncia la experiencia de errancia, el desposeimiento y la pertenencia a un colectivo que se define por la memoria, para observar cómo el exilio propicia una mirada desdoblada, marcada por una identidad fluctuante y en proceso siempre activo de transformación/reinvención.
- **Abstract:** The works of Luisa Carnés (1905-1964) published in exile are still an unknown arena, her pieces published in the press are wide and abundant and show a continuity line between the narrative she wrote before and after the war. Her articles published in *El Nacional* reveal the cultural dynamics involving republican refugees and mexican intellectuals, and show the exile's perspectives of Mexico

and their landscape representations. It also enunciates the roving experience, deprivation and the sense of belonging to a group that defines itself according to memory. Thus, it's possible to observe how exile propitiates a dissociated view of reality, burdened by a fluctuating identity always in active process of transformation/reinvention.

Tras su salida obligada de España, los intelectuales del exilio republicano se enfrentaron a la dificultad de rehacer la trayectoria vital que la guerra había truncado. Al llegar a México encontraron un panorama abierto a las novedades, en las letras se gestaba un proyecto de renovación favorecido por el impulso posrevolucionario y, aunque existían varios obstáculos para la expansión cultural intrínsecos a los dilemas de un país en construcción, hallaron en las publicaciones periódicas, al emprender proyectos editoriales propios y acercarse a diarios y revistas mexicanas, el sitio idóneo para reestablecer su actividad creadora. Y terminaron convirtiéndose en partícipes y actores del proyecto moderno de la literatura mexicana generado en la primera mitad del siglo xx.

La narradora y periodista Luisa Carnés, miembro de este exilio y a quien poco a poco se extrae del desconocimiento,¹ consolidó su carrera literaria antes de la guerra, en un

¹ Recientemente apareció la novela *El eslabón perdido* (2002) en la colección Biblioteca del Exilio de la editorial Renacimiento.

período muy breve. Debutó como novelista en 1928 con el libro *Peregrinos de[l] calvario*, y durante los cinco años siguientes aparecieron las novelas *Natacha* (1930) y *Tea rooms* (1934), además de desarrollar una intensa labor periodística. En cambio, en el exilio mexicano de más de veinte años solo publicó dos libros, una biografía sobre *Rosalía de Castro* (1945) y la novela *Juan Caballero* (1956), y la mayor parte de sus escritos de este tiempo continúan inéditos² o bien se encuentran olvidados en la prensa periódica.

Pocas de las mujeres integrantes del exilio pertenecían a partidos políticos, pero estaban vinculadas con militantes o habían colaborado en tareas generales durante de la guerra y abandonaron el país para evitar represalias:³ de hecho, la mayoría formaban parte de una familia y no contaban con una profesión.⁴ De acuerdo con Josebe Martínez, el mayor número de mujeres del

colectivo exiliado «remain unaware of their rights and were silent, submissive, and essentially antifeminist. The intellectuals who went into exile, however, were part of cultural elite, primarily in the capital, where women's participation in art and politics and their advocacy for the right to vote were part of the climate».⁵ En el exilio, las escritoras vieron duplicadas las dificultades para publicar sus obras, puesto que, al estar obligadas por las circunstancias materiales, tuvieron que dirigir sus actividades a conseguir tranquilidad económica,⁶ ya en la traducción (Ernestina Champourcín), la novela rosa (Silvia Mistral) o la prensa más popular, como Luisa Carnés, cuyo primer y más duradero trabajo consistió en editar la sección dedicada a las actividades sociales de la clase alta mexicana en el diario popular *La Prensa*, desde marzo de 1943 hasta su jubilación en 1961.⁷ Como

² Antonio Plaza, editor de *El eslabón perdido* (2002), proporciona en este libro una lista de los inéditos de Luisa Carnés.

³ Pilar Domínguez Prats estima que el 40% del colectivo eran mujeres, concluye que la mayoría eran jóvenes, apolíticas y procedían de Barcelona (31%) y Madrid (14%). Véase *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1992, 500 pp.

⁴ Caudet, Francisco, *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*, prólogo de Alicia Alted. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1997, p. 303.

⁵ Martínez-Gutiérrez, Josebe, «Margarita Nelken: feminist and political praxis during the Spanish Civil War», *Recovering Spain's Feminist Tradition*, edición de Lisa Vollendorf. New York: The Modern Language Association of America, 2001, p. 280.

⁶ Sobre las actividades desempeñadas por los refugiados, Véase Caudet, Francisco, «Sociología del exilio», *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*, op. cit., pp. 293-328. Y sobre las profesiones realizadas por las exiliadas, Domínguez Prats, Pilar, op. cit.

⁷ Dentro de estos trabajos de supervivencia, Carnés también trabajó de 1951 a 1964 en la redacción del boletín mensual de la embajada de Checoslovaquia en México. Plaza, Antonio, «Introducción», en Carnés, Luisa, *El eslabón perdido*. Sevilla: Renacimiento, 2002, p. 48.



redactora principal de esa fuente, sus artículos y reportajes aparecen sin firmar o bajo el pseudónimo *Clarita Montes*. A varios intelectuales mexicanos les sorprendía que los exiliados españoles encontraran estas dificultades, como a la escritora y crítica mexicana María Elvira Bermúdez, a quien le admiraba que una novelista de talento y trayectoria reconocida en España debiera trabajar en el periodismo más popular y basto para subsistir.⁸

Posteriormente, Carnés colaboró en otras publicaciones mexicanas, primero de forma esporádica y con mayor asiduidad a partir de 1948, en *El Nacional*, tanto en la sección diaria como en el suplemento semanal.⁹

El diario *El Nacional*, afín al gobierno y de línea cardenista, se había conformado desde el comienzo de la guerra como un espacio abierto para los intelectuales republicanos. Esta vinculación, con la llega-

da del exilio de 1939, se incrementó de forma gradual.¹⁰ Desde el ingreso al diario de Juan Rejano como editor de la sección cultural diaria y colaborador del suplemento dominical,¹¹ Carnés empezó a participar.¹² Sus textos aparecidos en la sección diaria transitan por varios géneros periodísticos, como la crónica o el artículo de opinión; mientras que en el suplemento, publicó breves anotaciones críticas, comentarios de libros, una única reseña extensa y textos de ficción.¹³ En ambas publicaciones firmó sus primeros artículos con el pseudónimo *Natalia Valle*,¹⁴ el nombre de la protagonista de su segunda novela. Carnés utilizó por primera vez este alias en la guerra para firmar reportajes y notas aparecidas en la revista gráfica *Estampa*, de la que fue corresponsal y una de sus principales reporteras. En el exilio, la escritora intenta inventarse de nuevo y retoma el pseudónimo respondiendo a la intención

⁸ Bermúdez, María Elvira, «Una escritora hispanomexicana», *El Nacional*, 16 de marzo de 1964, p. 3.

⁹ También publicó en revistas editadas por exiliados, literarias y vinculadas al PCE.

¹⁰ Sobre esta etapa, Mejía Sánchez, José Francisco, «Los refugiados españoles en *El Nacional*. 1939-1942», *La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939: Actas del IV Coloquio Internacional: 16 al 19 de julio de 2002*. San Antonio de Baños, La Habana, Cuba / *Coloquio Internacional sobre la literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939*. (San Antonio de Baños, La Habana, Cuba, 2002). Biblioteca del Exilio: www.cervantesvirtual.com

¹¹ Su predecesor fue Fernando Benítez. Véase Fèrriz, Teresa, «Fernando Benítez, la prensa cultural en México y el exilio republicano», *Arrabal*, 1, 1998, pp. 235-242.

¹² Luisa Carnés y Juan Rejano tuvieron una relación sentimental en México.

¹³ Relatos, fragmentos de novela y escenas teatrales.

¹⁴ Su colaboración firmada con las iniciales N.V. en el único número de *Ultramar* había permanecido ignorada hasta fechas recientes. Gutiérrez Navas, María Dolores, «El jazmín y la llama. Luisa Carnés, escritora comprometida», *Escritoras españolas e hispanoamericanas en el exilio*, coordinado por María José Jiménez e Isabel Gallego. España: Atenea Estudios sobre la mujer/Universidad de Málaga, 2005, pp. 59-71.

de restituir la identidad fracturada por la mudanza geográfica. Muchos autores del exilio republicano emplearon pseudónimos para presentarse ante un público que los desconocía como una forma de crearse una identidad en el contexto desconocido. Así, Carnés dio comienzo a sus colaboraciones en la prensa mexicana usando exclusivamente el pseudónimo; empleó la firma para dividir las dos esferas profesionales en las que se desempeñaba: su obra literaria, suscrita con su nombre, y la periodística, con el pseudónimo. Para Carnés, estas esferas debían deslindarse, incluso llegó a separarlas a través de pseudónimos diferentes, para colaboraciones en *El Nacional* recuperó su antiguo *Natalia Valle*, y en el trabajo en la prensa rosa, fue conocida como *Clarita Montes*.¹⁵

A partir del texto «Adiós a Natalia Valle»,¹⁶ de 1951, Carnés empezó a firmar sus textos periodísticos con su nombre. Al explicar las razones del cambio, señaló, en primer lugar, que el pseudónimo significaba un enlace con el pasado español y una vía para reiniciar la profesión periodística. «Al adoptar tal [pseudónimo] para amparar estos sencillos trabajos literarios, ligeros e intrascendentes en su mayor parte,

no hacía sino establecer de manera formal esa ligazón con la tierra original y con el pasado, que venimos manteniendo la mayoría de los republicanos españoles de la emigración, donde quiera que nos hallamos».¹⁷ Utilizar en el exilio un nombre extraído de una novela sobre y de Madrid significaba conservar lazos con el pasado y España. Y también resultaba de la intención de proseguir en una realidad que se percibe truncada.

Carnés abandonó el pseudónimo en los años cincuenta tanto por un ánimo de afianzar la nueva identidad construida en el entorno mexicano como por darse a conocer y afirmarse a través de la autoría. Con este procedimiento reinstauró la identidad que había dejado atrás (detenida en España, a la espera del regreso). La mencionada entrega del año 51 marca una continuidad entre la autora anterior a la guerra y la del exilio, y presenta a ambas como narradoras y periodistas. A partir de este momento, Carnés empieza a alternar ambos usos (pseudónimo y nombre) en colaboraciones sucesivas (de una semana a la siguiente) o aparecidas en el mismo número, como había hecho en varias entregas de la revista madrileña *Es-*

¹⁵ También Matilde Cantos firmaba sus colaboraciones en la prensa rosa del exilio como *Márgara Seoane*, cuando ejerció como redactora de la revista *Confidencias (Magazine de la mujer mexicana)*. Rodrigo, Antonina, *Mujer y exilio, 1939*, prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Madrid: Compañía literaria, 1999, p. 303.

¹⁶ Carnés, Luisa, «Adiós a Natalia Valle», *El Nacional*, 7 de junio de 1951, pp. 3-4.

¹⁷ Carnés, Luisa, *art. cit.*, p. 3.



tampa,¹⁸ aunque la mayoría aparecen firmadas como Luisa Carnés.

El uso del nombre falso era también una suerte de ocultamiento que mostraba cierto recelo a darse a conocer en el entorno mexicano. La autora perfilaba algunos de estos motivos. «¿Fue tal vez un deseo no confesado de renovación, de empezar de nuevo, que sugería a los españoles la nueva tierra de América, después de la pérdida *temporal* de la patria española».¹⁹ Así, desvelar el nombre significa conformidad con el nuevo entorno y disposición a adaptarse.

Los temas que Carnés trata en la sección diaria de *El Nacional* se mueven entre dos geografías que representan los dos espacios mentales del exiliado: el del «plano provisional»²⁰ del presente, ubicado en México; y el de la memoria, en el pasado, con domicilio en España. Esta «mirada desdoblada»²¹ expuesta en los trabajos periodísticos de Carnés refleja la dualidad en la que habita el intelectual exiliado.

Carnés se niega a efectuar juicios sobre México. Tanto por su peculiaridad como

por sus diferencias con España, se resiste a comentarlas y solo las registra: «A mí las pirámides de tortillas calientes, el pulque –bebida rarísima para el paladar europeo–, los tacos calientes y el mariachi se me antojaron una cosa muy pintoresca, pero que de momento me fue imposible de interpretar».²² Sin embargo, Carnés ensayó entender esta realidad nueva y desconocida más allá de la simple mirada asombrada del viajero. De ahí que en una de sus reflexiones comience con la explicación sobre sus primeros acercamientos, «Porque solo en la comprensión del dolor y de los anhelos más hondamente sentidos nos es posible conocer el espíritu de los nombres y de las cosas, el alma de los paisajes, de las obras de arte, del agua y la miel que mana de la naturaleza en todas partes».²³ Con estos textos, Carnés se inscribe en el movimiento emergente en México del periodismo creado por mujeres que adquiriría espacio desde los años treinta, ya que «viajar y escribir artículos de periodismo era, en esencia, una forma de feminismo y una

¹⁸ En el mismo mes Carnés firma indistintamente con su nombre y con pseudónimo. Primero como Carnés, Luisa, «El fraile capuchino que ha venido huyendo de la España invadida», *Estampa*, X, 509, 30 de octubre de 1937, s.p.; en el siguiente número es Valle, Natalia, «Reunión de mujeres antifascistas en Valencia», *Estampa*, X, 510, 6 de noviembre de 1937, s.p. y de nuevo regresa el nombre propio Carnés, Luisa, «Valencia envía su arte a la URSS», *Estampa*, X, 511, 13 de noviembre de 1937, s.p.

¹⁹ Carnés, Luisa, *op. cit.*, p. 6. El énfasis es mío.

²⁰ Gaos, José, «La adaptación de un español a la sociedad americana», *Revista de Occidente*, IV, 38, mayo de 1966, pp. 168-178.

²¹ Sánchez Vázquez, Adolfo, «Miradas sobre –y desde– el exilio», *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2002, pp. 247-251.

²² Valle, Natalia, «El turismo y lo mexicano», *El Nacional*, 15 de junio de 1949, p. 5.

²³ Valle, Natalia, *art. cit.*, p. 2.

forma de participación en la vida nacional que finalmente preparó el camino para que las mujeres se convirtieran en ciudadanas hechas y derechas».²⁴ Hecho que no se hizo factible en México hasta 1953 cuando consiguieron el derecho al sufragio.

En sus artículos de tema mexicano, Luisa Carnés observa y describe el ambiente, se torna espectadora de una nueva realidad y detalla las novedades.²⁵ Más que reflexión, en estos textos predomina la mirada descriptiva, algunos se acercan a la crónica, cuando se trata de narrar una situación o lugar, o al reportaje, en los que se relata una festividad o un suceso ocurrido recientemente. En la serie titulada «México, D.F.», Carnés describe a la gente que contempla, se detiene en el retrato de una calle, en los residentes de la ciudad, en el ajetreo cotidiano; habla de los inmigrantes, los turistas, los vagos; de la proliferación de restaurantes chinos. Es una suerte de diario, cuaderno de notas y libro de viaje en el que Carnés muestra su percepción de la ciudad de México en los años cuarenta y cincuenta.²⁶ Su testimonio como refugiada revela un mosaico muy rico de la ciudad.

Para Carnés la ciudad personifica la contradicción de la modernidad, ya que de ella emergen formas de vida menos tradicionales, provee oportunidades laborales, se mueve a mayor velocidad; sin embargo, también es el lugar de la corrupción, la pobreza y la explotación. En la ciudad de México se acentúan las paradojas, puesto que, pese a su cosmopolitismo y la influencia extranjera siempre presente, todavía conserva –y aún más en los años cuarenta– zonas y costumbres pueblerinas. Con solo salir un poco del radio central de la ciudad, la autora se encontraba pueblos con sus propias costumbres y tradiciones. El centro de la ciudad –y la ciudad misma en comparación con la provincia– se convertía en una unidad aislada y muy distinta al resto del país. «La ciudad de México es un pequeño mundo en el que se hablan muchas lenguas y se practican muchas religiones –aun cuando predomine la católica, profunda huella de la conquista española– se editan periódicos en varios idiomas y se guisa al gusto de los gourmets».²⁷ Enfrentándose a los rascacielos y a la imitación de las grandes urbes extranjeras, Carnés percibe la disparidad entre las cos-

²⁴ Pitman, Thea, «Identidad nacional y feminismo en el periodismo de mujeres: el caso de Elvira Vargas», *Literatura Mexicana*, XVIII, 1, 2007, p. 12.

²⁵ Sobre la percepción de América en Alberti, Cernuda y García Lorca, véase Hadzelek, Aleksandra, «Imagen de América en la poesía de la generación del 27», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 514-515, 1993, pp. 155, 184.

²⁶ Valle Natalia, «Los tipos populares», *El Nacional*, 13 de marzo de 1950, p. 3 y 4; «Otros tipos pintorescos», *El Nacional*, 18 de marzo de 1950, p. 3 y 7; «Una calle muy mexicana», *El Nacional*, 18 de enero de 1950, p. 3 y 4; «La viejecita de los gatos», *El Nacional*, 1 de julio de 1950, p. 3; «El cilindro: voz de la gran ciudad», *El Nacional*, 19 de mayo de 1949, p. 5; «Calles de estirpe», *El Nacional*, 19 de diciembre de 1947, p. 5.

²⁷ Valle, Natalia: «La babel mexicana», *El Nacional*, 7 de octubre de 1948, p. 5.



tumbres tradicionales prevalecientes en los habitantes de la ciudad y la ciudad misma. «Todo esto es la ciudad de México, y mucho más, que sería imposible describir en una breve crónica. Todo esto, triste y alegre: claro y sombrío, ‘luz y sombra’ de la ciudad, cuerpo en carne viva de la urbe, que tratan de asombrar y ensombrecer, sin lograrlo, las grandes moles de hierro y cemento de los rascacielos de importación».²⁸ Observa también el contraste del centro histórico, las ruinas del pasado que conviven con las nuevas construcciones,²⁹ puesto que para Carnés «No es posible penetrar en el misterio autóctono de México sino interrogando a las múltiples huellas que sus primeros pobladores dejaron».³⁰ Registra, también, la pluralidad de la ciudad en la que habitaban varios refugiados europeos que la convertían en un lugar de encuentro de distintas culturas, pero conservando cierta peculiaridad solo identificable con México. «Muy mexicano, efectivamente es el mercado de La Lagunilla, pero al propio tiempo, qué metal tan cosmopolita el de su voz».³¹

Para comprender el país al que había llegado, los exiliados se acercaron al pasado a través de la descripción del paisaje. En varias series de artículos, Carnés retrata distintas zonas de México, y aporta un enfoque que no es el del turista ni el del antropólogo, sino el de la escritora que procura reconstruir en su crónica la historia del lugar, hablar de sus características para mostrar el paisaje y sus habitantes.³² Dentro de esta reconstrucción histórica, cumpliendo una misión informativa y un tanto pedagógica, Carnés indaga en el pasado de varios edificios, espacios y monumentos mexicanos, se convierte en cronista de la ciudad, a veces muestra sitios ignorados por la población y otras, sitios muy conocidos pero cuyo pasado no recuerda la mayoría: la sede de la Secretaría de Educación Pública (SEP), el Hospital de Jesús, algunos conventos del centro histórico, el lugar que ocupa el Banco de México, la calle de Tacuba.³³ Incluso relata la historia del lugar en el que se plantó por primera vez trigo en la Nueva España (donde en la actualidad se encuentra el edificio de Mascarones).³⁴

²⁸ Valle, Natalia, «Perennidad de lo mexicano», *El Nacional*, 16 de enero de 1948, p. 5.

²⁹ Valle, Natalia, «Cicatrices de la capital», *El Nacional*, 25 de mayo de 1948, pp. 5 y 6.

³⁰ Valle, Natalia, «Presencia de lo autóctono», *El Nacional*, 26 de febrero de 1948, p. 5.

³¹ Valle, Natalia, «Presente y pasado de la Lagunilla», *El Nacional*, 14 de octubre de 1948, p. 3.

³² Valle, Natalia, «Oaxaca fronteriza», *El Nacional*, 8 de julio de 1948, p. 5; «La evocación de Taxco», *El Nacional*, 12 de mayo de 1950, p. 3 y 6; «Oaxaca, ciudad de oro», *El Nacional*, 18 de mayo de 1950, p. 3 y 6 o las «Crónica de un viaje a Ixcateopan», publicadas en tres entregas aparecidas entre agosto y septiembre de 1950.

³³ Valle, Natalia: «Muros con historia», *El Nacional*, 1 de septiembre de 1949, p. 3; «El primer hospital de América», *El Nacional*, 14 de septiembre de 1949, p. 3; «Perfil de la Ciudad de México», *El Nacional*, 22 de septiembre de 1949, p. 3; «Imágenes de Iztapalapa», *El Nacional*, 2 de octubre de 1949, p. 3; «Un paseo con una dama de ayer», *El Nacional*, 22 de octubre de 1949, p. 3; «El Monte de Piedad ayer y hoy», *El Nacional*, 18 de agosto de 1949, pp. 3 y 6.

³⁴ Valle, Natalia, «La primera granja del país y otras cosas», *El Nacional*, 28 de octubre de 1949, p. 3.

Luisa Carnés describe su alrededor poniendo especial atención en la novedad y las diferencias respecto a España (el clima, las costumbres, las zonas públicas, los parques) despliegan su capacidad de percepción al referir lo inmediato, las actividades de todos los días. Pero también se explica México a partir de las similitudes con España, realiza, como la ha calificado Federico Álvarez, una «españolización –reflexiva en algunos, sensible en otros– de lo mexicano».³⁵ Taxco recuerda a Carnés un pequeño pueblo español, Veracruz también le parece familiar y agradable por las coincidencias.

Siguiendo las condiciones impuestas por el gobierno a los refugiados, Carnés se abstiene de opinar sobre política mexicana. Paulino Masip, en sus *Cartas a un refugiado español* (1939), había señalado que la forma de actuación del intelectual republicano debía partir de evitar opinar acerca de asuntos locales, utilizando la metáfora del huésped, que es recibido provisionalmente en una casa de la que pronto saldrá

para volver a su verdadero hogar.³⁶ De hecho, los comentarios de los exiliados sobre la política de México se encuentran fuera de sus publicaciones, en textos personales, cartas o diarios, y en la oralidad.³⁷ El margen abierto a la crítica era muy estrecho para los extranjeros,³⁸ pero, como demuestra Masip, también estaba presente la propia decisión de no implicarse en las tramas políticas mexicanas.

En 1964, Juan Rejano definía la participación de los intelectuales españoles como «Actores y espectadores, a la vez. Y en dos frentes además. En uno se ventila la libertad de España; en otro, el progreso y bienestar de México».³⁹ Sin embargo, la preocupación central del exiliado republicano era España, de ahí que su participación en la sociedad mexicana se limitase a *mejorar* a México más que a discutirlo. Y Carnés, al igual que las revistas patrocinadas por refugiados, mantuvo un discurso poco analítico del gobierno mexicano,⁴⁰ sobre todo durante los primeros años. Solo más tarde, en trabajos posteriores, como en su novela *El eslabón*

³⁵ Álvarez, Federico, «Presentación» a Rejano, Juan, *Antología poética*. México: CNCA, 1991, p. 19.

³⁶ Masip, Paulino, *Cartas a un emigrado español*. San Miguel de Allende: Cuadernos del Nigromante, 1989. Primera edición, México: Publicaciones de la Junta de Cultura Española, 1939.

³⁷ Faber, Sebastiaan, «Silencios y tabúes del exilio español en México: Historia oficial vs. historia oral», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 17, 2005, pp. 373-389.

³⁸ El artículo 33 constitucional prohíbe a los extranjeros opinar sobre cuestiones de política mexicana. La ley se instituyó a finales del siglo XIX para frenar los frecuentes juicios de los embajadores norteamericanos acerca de la política mexicana.

³⁹ Rejano, Juan, «Esbozo de un balance», *Revista Mexicana de Cultura. El Nacional*, 900, 28 de junio de 1964, p. 7.

⁴⁰ Dos ejemplos aparecidos en *España Popular*, ambos sin firma: «Un homenaje de los republicanos españoles al general Cárdenas. *España Popular* saluda a Ávila Camacho», *España Popular*, 7 de diciembre de 1940, p. 6: «España Popular» saluda al General Ávila Camacho con la confianza de que su nuevo mandato gubernamental los



perdido, inédita hasta 2002, Carnés cuestiona esa Revolución mexicana que parecía en principio tan prometedora, pero que se convertía gradualmente en un bloque casi sólido, dirigido por un único grupo político.

Hay un «discurso público»⁴¹ acorde con el agradecimiento a México y a Cárdenas que crea un conflicto en el intelectual exiliado, cuyo ámbito de acción política queda limitado a España y que sorte la crítica de México. Uno de los primeros objetivos de los exiliados fue afianzar una imagen de cooperación y afinidad con las propuestas cardenistas. Carnés no se implica en la política mexicana pero en cierta forma refleja y acata su ideología, ya que sus piezas periodísticas asumen que el gobierno emprende una tarea de renovación. Afirma en una de ellas, «[...] ambos edificios estuvieron ligados uno al otro en su dedicación al culto católico, hoy lo están al servicio del México nuevo».⁴² Carnés hace referencia a un estado laico, desvinculado de la Iglesia, que había sido

un objetivo central en la construcción de México y un verdadero conflicto durante la revolución y los años posteriores.⁴³ De ahí que lo considere un logro cardenista, al igual que el impulso de la educación: «Cada día México avanza más en las ramas de la enseñanza. Los regímenes revolucionarios mexicanos saben cuán importante es el renglón educativo para el país».⁴⁴ En sus artículos Carnés expresa su entusiasmo por el México posrevolucionario, sobre todo, confía en las políticas a favor del pueblo emprendidas por Cárdenas. Había desembarcado en Veracruz con una idea que buscaba constatar: la realización de la República española en México tras una revolución social;⁴⁵ de hecho, «La afinidad entre el México de la Revolución y la España de la República»⁴⁶ es el argumento de José Gaos para justificar su adaptación en 1966.

Carnés identifica al pueblo de México con los indígenas. Los indigenistas, como señala José Gaos, se asociaban con el pensamiento

refugiados españoles, estrecharán más aún los lazos de solidaridad entre nuestros dos pueblos». El segundo: «España popular», *España Popular*, 9, 11 de abril de 1940, p. 3: «España Popular tiene a orgullo expresar hoy con más vigor que nunca su calurosa y fraternal simpatía al pueblo de México y a su representante, el General Lázaro Cárdenas, objeto de una brutal agresión del imperialismo norteamericano, que, al calor que las circunstancias que crea la guerra, quiere extender e intensificar su dominación a toda América Latina».

⁴¹ Faber, Sebastiaan, «Silencios y tabúes del exilio español en México: Historia oficial vs. historia oral», *art. cit.*, p. 377.

⁴² Valle, Natalia, «La cultura y sus recintos», *El Nacional*, 30 de noviembre de 1949, p. 3. Sobre Biblioteca Nacional y el templo de San Agustín (antigua sede de la biblioteca).

⁴³ Este es el tema del primer libro de Ramón Sender, *El problema religioso en México; católicos y cristianos* (1928), publicado en Cenit.

⁴⁴ Valle, Natalia: «Los maestros», *El Nacional*, 11 de noviembre de 1948, p. 5.

⁴⁵ Sobre la «political utopia» creada por los exiliados, véase Cate-Arries, Francie, «Conquering myths: the construction of «México» in the Spanish republican imaginary of exile», *Hispanic Review*, 68.3, Summer 2000, p. 227.

⁴⁶ Gaos, José, «La adaptación de un español a la sociedad americana», *art. cit.*, p. 174.

emanado de la revolución, mientras que «la reacción era en general hispanista».⁴⁷ El interés de Carnés por México se topa entonces con las civilizaciones prehispánicas, que después identifica con los indígenas y que constituyen, por tanto, el pueblo. Así, la autora realiza una traslación conceptual de valores entre indígena actual y habitante prehispánico de México. De hecho, fundamenta su alabanza de la resistencia de la mujer mexicana en el encomio de este pasado indígena: «Hay algo que mueve a admirar a la mujer mexicana, su fortaleza [...]. Tal vez esa fuerza que reside en la mujer de México, y que prevalece en todos los instantes de su vida, alcanzando mayor esplendor en las horas adversas, le venga de los tiempos anteriores a la conquista. Es posible que ese vigor, rayano en el estoicismo, haya llegado a la mujer de hoy a través de los siglos turbulentos, y que esa firmeza y tesón opuestos por ella en las más terribles contingencias de su duro destino, proceda de los tiempos en que los teocalis dirigían los destinos de los hombres».⁴⁸

Tanto los artículos de Carnés como *La esfinge mestiza* (1945) de Rejano, se sitúan al lado del pueblo y de los indígenas, y señalan su desprotección social. Rejano subrayaba que «Pasar por la vida de México sin observar ese doloroso tránsito de la niñez a la hombría en millones de seres que duermen sobre un *petate*, llevan los pies

desnudos y comen una tortilla de maíz con *chile*, es desconocer uno de los más desolados de esta tierra».⁴⁹

En el México posterior a la revolución, se había querido ocultar al indígena bajo un discurso que proponía al mestizo como el *auténtico mexicano*. Los primeros trabajos antropológicos sobre la situación indígena mexicana databan de esos años y venían acompañados de una ola de recuperación-reivindicación. El indigenismo, de hecho, reforzaba la construcción de la identidad y planteaba que la diferencia de México frente a otros países era precisamente el sustrato indígena. Este indígena no era identificado con el ciudadano de los márgenes de la ciudad de México, sino con el indígena idealizado de un pasado que se quería lejano, se definía como ingenuo e incluso primitivo, que vivía en su arcadia pueblerina alejado de la corrupción de la urbe. Una de las líneas discursivas predominantes para definir la identidad mexicana era el mestizaje, la conjunción cultural indígena y española daba como resultado al mexicano y ésta era su peculiaridad y también su virtud. De hecho, en *La esfinge mestiza*, Rejano, exaltaba la platería que, como el mestizaje, se compone por dos habilidades *técnicas* que ayudan a que se desarrolle mejor como *arte*. Es necesario destacar que los comentarios de los exiliados sobre México se inscriben en el contexto de los años cuarenta

⁴⁷ *Ídem*, p. 170.

⁴⁸ Valle, Natalia, «La mujer», *El Nacional*, 5 de enero de 1948, p. 5.

⁴⁹ Rejano, Juan, *op. cit.*, p. 260.



y cincuenta, circulan alrededor de una polémica en la que se trataba de definir la identidad mexicana. De ahí la definición de José de la Colina de que «el libro de Rejano es esencialmente un homenaje».⁵⁰ Su elección de Cuauhtémoc, Canek y Benito Juárez, como los tres personajes históricos mexicanos elegidos en el capítulo «tres evocaciones»,⁵¹ implica un discurso: el refugiado se identifica con el caído, con el indígena antes que con el conquistador y alaba al reformista Juárez, el indígena que llega al poder. Rejano reivindica personajes históricos vinculados al indigenismo porque identifica, al igual que Carnés, al indígena con el pueblo.

Como ha anotado F. Cate-Arries al analizar el diario del *Sinaia* y los objetivos de la revista *Romance*, los exiliados resignifican la palabra conquista: por un lado le dan el sentido de liberar a España y, al mismo tiempo, la palabra «serves to invert the traditional positions of Spanish Conqueror and Mexican Conquered».⁵² Cambiar esta connotación se plantea como la verdadera *conquista* de los refugiados españoles, por eso una de sus tareas fue redefinirse frente a los mexicanos, creando una nueva identidad de españoles-refugiados que se alejaba de cual-

quier asociación con el conquistador. Aunque los refugiados no compartían completamente la percepción mexicana sobre algunos hechos históricos relacionados con el pasado español, también discrepaban con la que se enseñaba en España. En este sentido, el nacionalismo del exiliado, que parte de la liberación de la España secuestrada, se reinventa al constituirse como la antítesis del propuesto por los franquistas, que incluía a América como una de sus glorias. Los españoles refugiados se convirtieron así en los liberarles por excelencia, democráticos –provenían del ideario republicano– y defensores de los oprimidos, su identidad se construía a partir de una nueva concepción del español, basada en primer lugar en presentarse como el negativo del *gachupín*. Así el exilio republicano modificó la imagen de España y del español en México.

Carnés se integra al sistema que la recibe y desde su interior intenta entenderlo, parte de la descripción de un conflicto o situación para plantear al lector el problema y quizá su posible análisis. Para Carnés, ser un intelectual exiliado en México, como ha señalado Sebastiaan Faber, «implicó un proceso de adaptación negociación»:⁵³ aprender

⁵⁰ Colina, José de la, «México: visión de los transterrados», *El exilio español en México 1939-1982*. México: FCE, 1982, p. 422.

⁵¹ Rejano, Juan, *op. cit.*, pp. 211-223.

⁵² Cate-Arries, Francie, *art. cit.*, p. 235.

⁵³ Faber, Sebastiaan, «El exilio mexicano de Max Aub: la relación con el régimen anfitrión», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 26.2, Primavera 2002, p. 423. Los intelectuales españoles «se encontraban con unas barreras culturales, legales y políticas que, por regla general, les impedían hacer análisis sociopolíticos que contradijeran la imagen positiva difundida por la retórica oficial», p. 431.

las reglas del juego y pactar para subsistir dentro de ellas.

Para entender este proceso se debe tener en cuenta el escenario donde se movían Carnés y los intelectuales españoles. En México el intelectual siempre ha encontrado la manera de vincularse con el sistema gubernamental. Institucionalizada la revolución, el gobierno priísta premió a sus intelectuales más fieles con embajadas, secretarías o becas. Esta asimilación en el gobierno obliga al intelectual exiliado a redefinir el concepto participación política que se resuelve centrando su actuación y compromiso principalmente en España. Sin embargo, este alejamiento del contexto disminuye gradualmente su distancia y no siempre es tan estricto, en los artículos de Carnés aparece una cada vez más necesaria preocupación por hablar de esa realidad mexicana y sus fracturas. Una necesidad que había mostrado desde sus primeras novelas.

En otro lado, la labor del intelectual exiliado no podía mantenerse aislada, Carnés formó parte de proyectos culturales de la mano de sus colegas mexicanos, y esta participación terminará a largo plazo por influir en las dinámicas culturales mexicanas, como la transformación del concepto de suplemento cultural. De hecho, tras la muer-

te de Juan Rejano, José Emilio Pacheco recordaba: «Todos tenemos una deuda de gratitud con usted: nos publicó nuestro primer texto, nos permitió hacer nuestro aprendizaje en público, nos dijo una palabra generosa –o simplemente, al continuar la tarea de Fernando Benítez y Luis Cardoza y Aragón en el suplemento de *El Nacional*, así como su propio trabajo en *Romance*, hizo una gran labor democratizadora de la cultura y durante muchos años nos dio la oportunidad de leer tantas cosas, que sin usted no se hubieran impreso y tal vez ni siquiera escrito».⁵⁴

Desde el exilio, la lejanía temporal y geográfica lleva al recuerdo y la creación se dirige hacia un pasado que restituye la identidad individual vulnerada por la dislocación, porque, como señala Mary Lynn Broe, «geographical exile is often more a *getting away from than going to a place*».⁵⁵ Carnés regresa en sus artículos a su pasado, es una manera de volver al espacio, los lugares y las personas. Se acerca a la crónica y al relato periodístico, pero también habla de sí misma; al describir Madrid se filtran retazos de su vida, escenas familiares o recuerdos de la infancia, aunque el tema central es el sitio y no la persona. En estos textos no hay intenciones autobiográficas ni de exploración del yo ni de la

⁵⁴ Pacheco, José Emilio, «Homenaje a Juan Rejano», *Cuadernos Americanos*, XXXV, CCVIII, 5, septiembre-octubre de 1976, p. 82.

⁵⁵ Ingram, Angela, «Introduction: On the contrary, Outside of It», *Women's writing in exile*, edition by Mary Lynn Broe and Angela Ingram. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1989, p. 4.



propia identidad, pero sí un proyecto de escribir el pasado para conservarlo en la escritura y elaborar un testimonio tangible de la memoria.

La serie completa de estos artículos aparecida entre 1952 y 1953, titulada «Madrid en el recuerdo», describe el paseo del Prado, el museo, el jardín botánico, la plaza de Santa Cruz, las verbenas, el barrio natal de la autora, Chamberí, la comida típica, las costumbres. Son herramientas para conservar la memoria que también muestran al lector mexicano esos lugares madrileños, casi siempre populares. Muchas veces, para describir a los madrileños y sus actividades, Carnés se sirve de recreaciones, breves escenas casi teatrales, en las que se observa a una familia, su visita al merendero, sus discusiones, charlas, cómo compran una «chuleta de la huerta» o el albañil que los domingos va al merendero, o la costumbre de las mujeres obreras de asistir a los bailes populares de «Rau-Cataplau».

Este recuerdo fortalece el vínculo con el pasado, según afirma Carnés: «A través de las bellas neblinas del recuerdo seguimos en España. Esos caminos del recuerdo nos ligan a nuestra tierra, y esa gracia del recuerdo, que no puede robarnos el fascismo, como una madre tierna arropa tibiamente, y nos

mantiene junto a él».⁵⁶ El recuerdo constituye así el sitio seguro, donde se hallan lo conocido y las certezas.

Desde el exilio, España se consideraba el espacio donde habían desaparecido por completo las libertades del individuo: no solo era el lugar añorado sino el lugar hacia donde se dirigía la actividad política. Carnés imagina esta España de posguerra, de ilusiones perdidas, miedo, carestía, rencores. Describe una sociedad en proceso de reacomodo y las voces discordantes que supone todavía persisten. El artículo periodístico sirve para dejar testimonio de esta perspectiva del franquismo, sobre todo plantea temas que apelan a la conciencia moral, más que a la conciencia política. Carnés no analiza las políticas franquistas o sus alianzas con Estados Unidos, esas cuestiones las desarrolla en los medios promovidos por exiliados o en los vinculados con el Partido Comunista, del que fue militante. En *El Nacional* no hay tanta política como defensa frente a las difamaciones: en el artículo «El embustero y el apoyador»,⁵⁷ desmiente a los que acusan a los «rojos españoles» de haber destruido los salones del Palacio de Liria de Madrid, Carnés habla del miedo de la gente a salir de sus casas, del hambre⁵⁸ y describe casos particulares, como el empobrecimiento de un poblado agrícola cerca de

⁵⁶ Carnés, Luisa, «Ríos de ciudad», *El Nacional*, 16 de diciembre de 1952, p. 3.

⁵⁷ Carnés, Luisa, «El embustero y el apoyador», *El Nacional*, 11 de agosto de 1951, p. 3.

⁵⁸ Valle, Natalia, «Las ramblas... sin pájaros», *El Nacional*, 16 de marzo de 1951, pp. 3 y 8.

Madrid,⁵⁹ la miseria de «La Deleitosa» un pueblo minero extremeño,⁶⁰ las protestas pacíficas de la población⁶¹ y del Madrid oculto a los turistas.⁶²

Con frecuencia, también, alude a la guerra y la República. El conjunto confirma que la condición de exiliado exige mantener vigente su causa, revisarla e insistir en ella. Carnés a menudo reflexiona sobre España y termina de manera casi irremediable escribiendo en cada una de las fechas más significativas, el 14 de abril,⁶³ el 7 de noviembre,⁶⁴ hablando de episodios que transformaron el devenir histórico español y su historia personal. Estas onomásticas sirven de pretexto para volver al pasado, reiterar la heroicidad del pueblo español y hacer un llamado al recuerdo de las razones por las que se luchó en la guerra y que la opinión internacional parece, en los años cuarenta y cincuenta, haber olvidado.

Los artículos de Carnés en *El Nacional* ejemplifican el ánimo de integración de los exiliados, que solo se permite hasta cierto límite, ya que está restringido por el recuerdo, por el deber de memoria impuesto por el mismo colectivo, que se autodefine a través del pasado compartido

y por un afán de retorno limitado por la circunstancia.

La penetración de los intelectuales españoles en el entorno de acogida siempre estuvo matizada por la exigencia de preservar el pasado, principal obstáculo de la adaptación.⁶⁵ Bajo el sesgo del recuerdo y la coartada de la memoria, y a través de la denuncia de la situación antifranquista, Carnés afirmará su compromiso con la causa republicana. Al ser un exilio intrínsecamente político, solo la conservación de este compromiso lograba dar sentido a una ausencia tan prolongada. De esta manera, el ser político de Carnés también se acerca al entorno social mexicano y de inmediato se identifica con el indígena y la mujer, aunque esté limitado en primer lugar por un sentimiento de gratitud y por la misma legislación mexicana. Éste es el emblema de la relación de los exiliados republicanos con la cultura mexicana. Un proceso en el que la adaptación-aceptación del entorno se alterna con la negativa-rechazo, determinada por el compromiso con el pasado y sus causas políticas y con el ideal de un regreso permanente, que se torna imposible.

⁵⁹ Valle, Natalia, «Madrid sin Isidros», *El Nacional*, 17 de mayo de 1951, pp. 3 y 7.

⁶⁰ Carnés, Luisa, «Un reportaje acusador», *El Nacional*, 14 de junio de 1951, p. 3.

⁶¹ Valle, Natalia, «Historia de un pañuelo», *El Nacional*, 31 de mayo de 1951, pp. 3 y 6.

⁶² Carnés, Luisa, «El Madrid que no enseñan», *El Nacional*, 1 de noviembre de 1951, pp. 3 y 7.

⁶³ Valle, Natalia, «Aquel 14 de abril», *El Nacional*, 14 de abril de 1951, p. 3.

⁶⁴ Valle, Natalia, «Una mujer en la defensa de Madrid», *El Nacional*, 14 de noviembre de 1947, p. 5.

⁶⁵ Tema de la novela *El eslabón perdido* (2002).



Breve antología de artículos de Luisa Carnés

*Dos patrias*⁶⁶

Natalia Valle

Para la mayoría de las gentes, el valle de México no pasa de ser un pedazo de tierra mexicana, acaso el más representativo del país y, tal vez, de los más bellos. La ciudad de México, dilatada, sembrada de mansiones modernas y festoneada de pobres casuchas en sus arrabales, con sus viejos museos, donde las antiguas razas mexicanas se manifiestan en cuanto tuvieron de grandioso y terrible; con sus comercios modernos que nos revelan la gracia del pueblo en sus creaciones, su sensibilidad por la forma y el color, es bella.

Bellos son sus alrededores. A su talle se ciñen los verdes cinturones de los maizales, se prenden los airosos volcanes, empenachados con blancuras eternas, y su amplia falda está regada por canales quebradizos, que visiten las tierras oscuras de perenne primavera.

Pero para los españoles que hace doce años llegaron a la capital, el valle de México es mucho más que eso: es un puente tendido entre el pasado y el futuro de sus vidas, es el nuevo hogar, donde sus hijos han nacido o se desarrollan, en el cual reposan, y se curan las viejas heridas, en tanto que maduran las condiciones que han de permitirles recobrar la patria, temporalmente perdida.

Porque el refugiado español sigue estando con los pies en México y los ojos en España. Cada mañana, estos hombres y estas mujeres, a los que una guerra injusta arrojó de la tierra propia, contemplan el horizonte de esta tierra, que generosamente se les dio hace doce años, y se preguntan: «¿hacia dónde está España?». Se lo preguntan con la pasión por lo nativo, que la lejanía hace más ardiente. Todo en el recuerdo y en el corazón de esos hombres y esas mujeres, españoles desterrados, se hace más profundo y sensible la ausencia de España: el viejo farol de luz verdosa, que se encendía cada atardecer en cierta esquina solitaria; la calle en pendiente, del Madrid viejo, tapizada de hierbecilla clara, de grandes casas destartadas, a una de las cuales se asomaba a veces el rostro de marfil de algún viejo conde; el pregón del vendedor de patatas asadas («¡chuletas de vuelta!»), en el invierno; el de la florista de la risueña primavera madrileña («¡lilas, de la casa campo!...»).

Y así tiene que ser. Si fuera de otra forma. Si los desterrados españoles no vieran envueltos en esa serie de imágenes tiernas del cercano pasado, habrían perdido el derecho a su honroso título de «refugiados españoles», que con tanta cordialidad les otorgó México desde que sus pies se posaron en las playas veracruzanas. Dejarían de ser dignos de la estimación de los nobles mexicanos, que, cordialmente les tendieron su

⁶⁶ *El Nacional*, 13 de octubre de 1950, pp. 3 y 7.